

pd

posdata  
Suplemento Cultural



Assaig

Josep Iborra reflexiona en «Inflexions» sobre l'art, la moral, la política, la religió, el pas del temps, la mort i altres temes relacionats amb la condició humana (pàg. 5).

La revista que fue la voz de la intelectualidad republicana, editada en Valencia, aparece recopilada en un CD

# Hora «digital» de España

Tomás Gorria

Uno de los placeres más reivindicados entre los bibliófilos es sin duda el contacto físico con el objeto de su deseo, aquel libro o publicación por el que han invertido dinero, tiempo o trabajo y que ahora tienen entre sus manos o en anaquel de su biblioteca. En la vida de cualquier *bibliópata comme il faut* los momentos más emocionantes están relacionados con el olor a humedad de las librerías de viejo en el que encontraron aquel libro o revista tan buscada entre pilas de volúmenes usados.

Pero la bibliofilia del futuro pinta de otro modo. Aquel tipo de relación con los textos, o mejor con los soportes de los textos, está cambiando para desgracia de los nostálgicos o para alborozo de los tecnófilos. Un cambio de escenario propiciado por las novedades en el reconocimiento óptico de caracteres, que permiten digitalizar todo tipo de publicación pero conservando el diseño y la tipografía original, con un texto que es editable y *navegable* (hipertextual) y que permite funciones como buscar, copiar, etc..., en documentos formateados e indexados en *portable document file* (pdf), legibles a través del ya popular (y gratuito) programa de Adobe, Acrobat Reader, una plataforma universal, pues no depende del programa con el que originalmente se elaboró el documento.

Quizás pierda algo de encanto, pero aquella bibliofilia de la era Gutenberg puede convivir con esta nueva manera de democratizar el patrimonio editorial y además facilitar el acceso de los investigadores a los contenidos de libros o revistas.

**Al servicio de la causa popular**

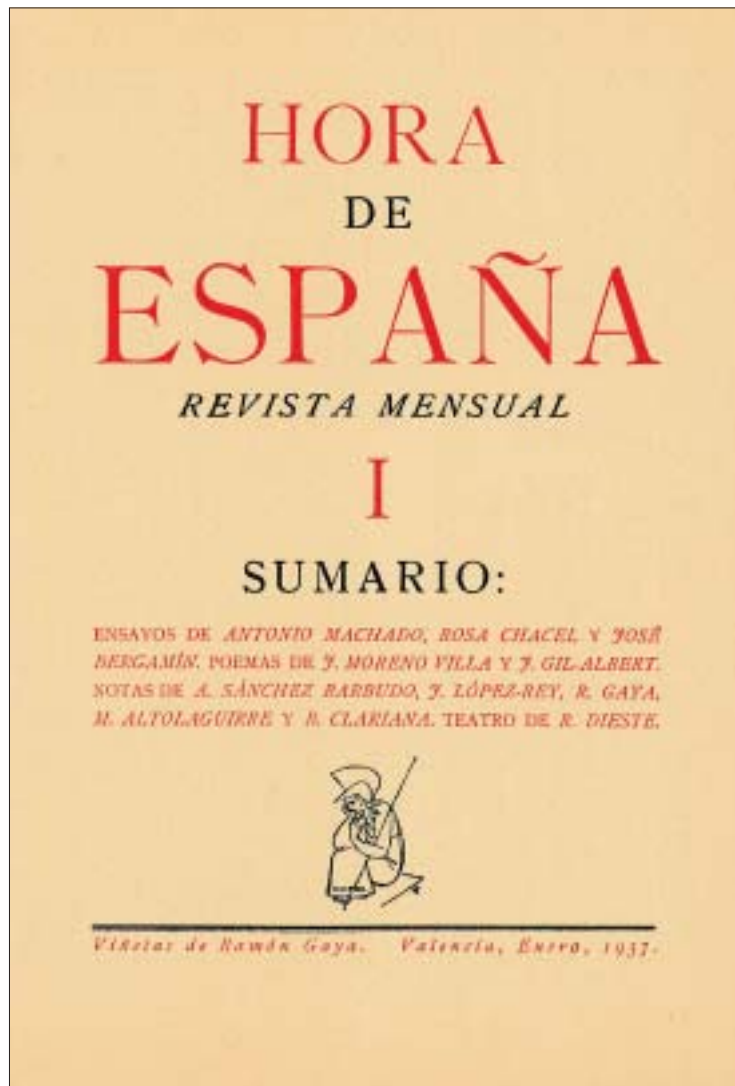
No es fácil que los impulsores de *Hora de España* imaginaran que setenta años después, cupiera en un disco de poco más de medio palmo de diámetro y unos milímetros de espesor toda la colección de esta azarosa publicación. Una revista, la que ahora se presenta digital-

zada por Faximil Edicions, que bajo los auspicios de las autoridades culturales republicanas intentó representar, en medio de la vorágine de la guerra y la revolución, a la intelectualidad española fiel a la República.

Con la llegada a Valencia del gobierno republicano, Manuel Altolaguirre dirige un proyecto que seguirá el estilo gráfico y tipográfico que ya iniciara en revistas como *Litoral*: un cuidado diseño editorial, que tiene en la claridad compositiva y la sobriedad tipográfica sus elementos más característicos, mientras las viñetas de Ramón Gaya ilustran con un estilo que ahora denominaríamos de *línea clara* los artículos y aportan cierto dinamismo a la publicación. Altolaguirre era un reconocido poeta, pero también un afamado editor, e instruyó a los responsables de la Tipografía Moderna de la calle Avellanas (donde se imprimía casi todo lo relacionado con el gobierno republicano en Valencia) sobre la composición con tipos *modernos*, (en el sentido histórico, relacionado con la Ilustración) poco usuales en la época, aunque sí utilizados en Valencia durante los siglos XVIII o XIX.

En la redacción, sita en el número 15 de la calle Pablo Iglesias, (hoy María Cristina) de *Hora de España*, se dieron cita un grupo de intelectuales que más tarde constituirían una generación marcada por el exilio político; firmas que hoy se antojan indispensables en la cultura española del siglo XX: Antonio Machado (que vivió en Rocafort durante buena parte de la existencia de la revista), Rosa Chacel, José Bergamín, Julián Marias, Max Aub, María Zambrano, Dámaso Alonso, o los poetas Neruda, Aleixandre, Alberti, Cernuda, Gil-Albert, Miguel Hernández, Juan Ramón Jiménez, Tristan Tzara o León Felipe.

La categoría intelectual de los colaboradores de *Hora de España* no puede soslayar el hecho de que esta publicación fuera promovida y financiada por la subsecretaría de propaganda,



Arriba, portada tipográfica del primer número, editado en enero de 1937 en Valencia. Sobre estas líneas, de izquierda a derecha, M. Altolaguirre, J. Gil-Albert y R. Gaya, tres de los principales artífices de la publicación. A la izquierda, cartel de Gaya.

III  
**Puede rastrearse la polémica entre Renau y Gaya sobre la función social del cartel**

creada por el periodista alicantino Carlos Esplá en noviembre de 1936 con la pretensión de que avalara la República entre la intelectualidad progresista de Occidente. La inclusión en la última página de la revista del cintillo «*visado por la censura*», que hoy nos parecería intolerable, evidencia la complejidad del momento histórico de la Guerra Civil.

La sempiterna cuestión de la utilidad social y política del arte, se refleja en el comentario que Sánchez Barbudo, secretario de la publicación, hiciera años después, desde las páginas de la mejicana revista *Romances*, considerada como la sucesora de *Hora de España* en el exilio: «*Lo mismo que en Hora de España luchábamos por apartarnos (...) de los dos polos opuestos del esteticismo desvitalizado y de la demagogia, superficialidad y tosquedad. Y aspirábamos a menu-*do a una síntesis entre lo objetivo, la descripción y el espíritu, la impresión personal».

Unos nobles objetivos pero que siempre conseguidos, pero que pueden rastrearse en la revista a través de la polémica entre Josep Renau y el ilustrador Ramón Gaya sobre la función social del cartel, o entre Sánchez Barbudo y Guillermo de Torre sobre la gramsciana posibilidad de una *literatura popular artística*.

Tal y como describe Pau Rausell en el texto introductorio a la colección digitalizada, en la revista aparecen posicionamientos diferenciados, aunque el conjunto refleja una posición compacta. Rausell también destaca que ante una lectura secuencial de la revista se evidencia, tras el arrebatado entusiasmo de los primeros números, un creciente desencanto ante la constatación de que la guerra se esta perdiendo y cierta frustración ante la escasa capacidad de la poesía para el triunfo militar.

Salvo por su circunstancial emplazamiento, la presencia valenciana en la publicación es escasa. A pesar de las colaboraciones regulares de Gil-Albert, o las muy ocasionales de Miguel Hernández, Max Aub o Josep Renau, la revista no muestra una especial vinculación con Valencia.

Utilizando una de las herramientas que nos ofrece Acrobat, podemos buscar en toda la colección la aparición de la palabra Valencia y comprobar esta afirmación. Curiosamente, el único artículo de temática estrictamente valenciana es una reseña sobre el Jardín de Monforte, en el número XXIII, un número editado en Barcelona y que no llegó a distribuirse al coincidir su edición con la entrada de las tropas franquistas a la Ciudad Condal.